

SOBRE LA ÉTICA*

MARÍA ROMANA HERRERA

La ética, o teoría de la moral, tiene una larga historia que comienza en la Grecia del siglo IV a C. con Sócrates quien por su preocupación en delimitar los conceptos éticos y debido a su visión del quehacer filosófico en tanto que orientador de la acción, es tradicionalmente conocido como “el padre de la ética”.

Esta disciplina filosófica ligada, como todas ellas, a una peculiar concepción del hombre y de la realidad, ha planteado en cada época diversa problemática y ofrecido respuestas de índole distinta; problemática y soluciones que se desprenden de esa concepción del hombre, característica de cada época histórica, de cada realidad social. Así podemos decir que en la historia del pensamiento filosófico encontramos tantas posiciones éticas como visiones del hombre, de su vida, de su historia han sustentado los filósofos ocupados en analizar la moral.

No sorprende, pues, el hecho de que los fundamentos de la ética se hayan buscado en instancias tan diferentes como el sentido común, una intuición específica, la utilidad, el sentimiento moral, las creencias religiosas, el egoísmo, la realidad social, etcétera. Asimismo, las soluciones propuestas presentan una rica gama que va desde el idealismo más acusado hasta el materialismo histórico (pasando por posiciones de idealismo encubierto, empirismo, realismo, etcétera); soluciones, algunas, que, ligadas a una concepción abstracta del hombre y de su historia, tienen el carácter de universalizantes, utópicas, formalistas o, en el mejor de los casos, pseudohumanistas. Soluciones, otras, que, vinculadas a una visión del hombre como

* *Los Universitarios*, núms. 15-16. México, UNAM. 31 de diciembre de 1973.

ser concreto, histórico y social, nos ofrecen respuestas a situaciones concretas, referidas a situaciones sociales específicas y nos permiten el indispensable enfoque crítico. Este es el caso de la posición marxista frente al problema ético. Este es el enfoque, que el doctor Adolfo Sánchez Vázquez, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, nos da en su tratado de *Ética*.

Usted se ha ocupado sobre todo de problemas de estética o de investigar la formación o el significado del marxismo. ¿Qué significado especial tiene la aparición del tratado de Ética en el conjunto de su obra?

Ciertamente mis libros como *Las ideas estéticas de Marx*, *Estética y marxismo* o *Filosofía de la praxis*, así como la mayoría de mis ensayos o cursos y seminarios que he impartido hasta ahora en la Facultad de Filosofía y Letras responden a esa temática. Antes no me había ocupado especialmente de la ética y sólo este año he dado un curso de esta materia en la Facultad. Sin embargo, los problemas éticos, tan estrechamente vinculados a la concepción del hombre, de la historia y de la sociedad a que me adhiero, no podían estar ausentes de mis preocupaciones en el libro o en la cátedra. Pero, en la decisión de ocuparme especialmente de esos problemas y, además, con una preocupación didáctica, debían influir otros hechos. Mi *Ética* apareció en 1969 y fue escrita en pocos meses durante la segunda mitad de 1968. Fue éste, un año, como todos recordamos, en que en muchos países, la juventud estudiantil, y de modo muy categórico en México, se rebela contra valores y principios caducos, mostrando con ello su decisión y capacidad para ser sujeto y no simple objeto en la transformación social. Fue un año en que la juventud estudiantil —desde el nivel medio hasta el superior— dio algunas lecciones políticas importantes y muchas en el terreno moral. Un texto escolar de ética, nacido con el surgimiento de nuevas opciones políticas y morales entre la juventud tenía que procurar estar acorde con ella; es decir, tratar de proporcionarle lo que inútilmente trataba de encontrar en otros textos de ética.

¿Cree, por tanto, que su libro respondía a una necesidad?

Necesidad, sí, de un nuevo enfoque de los problemas morales al permitir situarlos en un contexto concreto, histórico, real, y al permitir afrontarlos eludiendo el apriorismo o utopismo, por un lado, y el burdo empirismo o el realismo sin principios por otro. No es que faltaran textos de ética, como no faltan hoy —pueden contarse diez o doce, y algunos de un elevado nivel teórico—, pero hacía falta responder —con un nuevo enfoque— a las nuevas exigencias de una juventud que se apresta a ocupar su puesto en la ardua tarea de elevar un país sujeto a las constantes presiones e imposiciones del imperia-lismo, pugnando por realizar las transformaciones económicas, políticas y sociales adecuadas. Que existía y sigue existiendo la necesidad de ofrecer un texto semejante, lo demuestra la amplia acogida del libro entre profesores y estudiantes de la capital y de la provincia. Ocho ediciones en pocos años es un índice elocuente.

Puesto que en su libro es evidente su enfoque marxista, ¿cuál es en general la situación de la ética en el pensamiento marxista actual?

Puede afirmarse que hasta hoy su desarrollo ha sido insuficiente y muy limitado en relación con las aportaciones del marxismo en otros campos, particularmente en el de la teoría política y económica. Los clásicos marxistas proporcionan una serie de principios y un método para estructurar la ética sobre nuevas bases, es decir, como análisis o teoría de la moral, tomando ésta como una forma peculiar e histórico-concreta de la práctica social. En el pasado, los propios marxistas —como Kaustky— no veían con claridad su existencia, porque no se acertaba a conjugar la moral con la visión de la sociedad y de la historia que ofrece el socialismo científico. Por otro lado, se caía en una confusión muy generalizada entre teoría de la moral (en este caso, la ética marxista) y la moral concreta, que, en el mejor de los casos, se reducía a una moral deseada, la moral socialista.

También contribuyó al rezago de la ética marxista, la influencia nociva durante años del dogmatismo staliniano, que tendía a hacer de la moral un apéndice de la práctica política. La reacción contra ese dogmatismo, particularmente en la década de los sesentas, se tradujo en importantes contribuciones a la ética en el campo marxista, como son las de Kosik, Schaff o Agnes Heller (discípula de

Lukács), y fuera del campo socialista, las de William Ash, Luporini y otros. En los países de lengua española, la contribución es pobre; sin embargo, hay elementos valiosos que rescatar en páginas de José Ingenieros, Mariátegui, Che Guevara, etcétera.

La propia realidad social contemporánea, las luchas de los pueblos por su liberación y por la construcción de una nueva sociedad han dado lugar a problemas morales específicos o han obligado a dar un nuevo sesgo a problemas tradicionales (como los de responsabilidad moral y libertad, relaciones entre moral y política, relación entre el fin y los medios, etcétera). La ética no puede ser indiferente a estos problemas y menos aún la de inspiración marxista.

¿Hay el riesgo de que una ética marxista caiga en el normativismo?

No debe caer si delimita claramente su objeto. La norma moral constituye ciertamente un elemento constitutivo de toda moral efectiva, y es tarea de la ética estudiarla, explicando cómo se producen, cuál es su verdadera naturaleza, en qué se distingue de las reglas de acción de otros comportamientos normativos, cómo se relaciona con el elemento fáctico de toda moral. Pero no es tarea de la ética dictar normas u ofrecer un código de moral. En este sentido, es ante todo teoría y no es normativa. Pero, es indudable que, sin ser normativa, no deja de tener implicaciones prácticas, en cuanto que contribuye a desmistificar las pretensiones universalistas o humanistas abstractas de ciertas morales concretas y señala la necesidad de poner éstas en su contexto histórico-social; es decir, establecer los verdaderos fundamentos, orígenes, límites y posibilidades del comportamiento moral.

¿Hay el riesgo asimismo de que la ética marxista deje de ser imparcial y sea por el contrario unilateral e incluso "facciosa"? Al hacer esta pregunta, recogemos sin compartirlas objeciones que suelen venir de posiciones pretendidamente objetivas, imparciales o abiertamente hostiles al marxismo.

Para responder a esta pregunta, y no permanecer en un nivel abstrac-

to, me remitiré a mi libro en la medida en que es o pretende ser una ética inspirada por el marxismo. Hemos dicho antes que concebimos la Ética como teoría de la moral y no en sentido normativista; hemos dicho también que, al analizar el hecho moral, no cabe situarse al margen de la sociedad y de la historia. De ahí la necesidad de estudiar la moral de acuerdo con las condiciones concretas de su aparición y de su realización y de abordar los problemas que plantean a ésta, por ejemplo, la vida económica actual o la acción de los medios masivos de comunicación en la llamada “sociedad de consumo”. Si se considera parcial o ideológico este planteamiento en un tratado de ética por la crítica que implica y, por el contrario, se considera preferible silenciarlo o paliarlo en nombre de “la verdad”, con ello se traicionaría a la verdad misma que el teórico debe buscar. No se puede hacer hoy teoría de la moral amputando de ella el hecho moral en las condiciones concretas de la sociedad actual. El estudioso de la moral que así se comportara se encontraría en una situación semejante a la del físico que se volviera de espaldas a ciertos hechos físicos que ha de explicar, con el agravante de que el silencio, en el primer caso, no deja de tener consecuencias ideológicas efectivas.

¿En qué sentido?

En el sentido de que la ignorancia de aspectos como los señalados, pretextando “imparcialidad” o situarse “por encima de la ideología”, equivale, en definitiva, no sólo a cerrarse el paso al estudio de la propia realidad (en este caso, la moral), sino también a la justificación de la realidad que con el silencio se pretende ocultar: el carácter egoísta de la moral en la sociedad en la que el lucro y la explotación rigen las relaciones humanas.

Volviendo a lo anterior: si alguien dijera que su libro Ética, por ser marxista es “unilateral” o “partidista”, ¿qué respondería usted?

Le podría responder para terminar pronto que no lo había leído. Pero vayamos más despacio, tomando en cuenta el grado de buena fe que pueda haber en la pregunta. Digamos, en primer lugar, que pese a las limitaciones de un texto escolar de enseñanza media o in-

troductorio de facultad, contiene la problemática ética que tradicionalmente se considera fundamental, pero en el libro se abordan también cuestiones no tratadas o insuficientemente tocadas en los textos escolares al uso como son: a) la moral y sus formas históricas fundamentales; los cambios histórico-sociales y los cambios de moral; el progreso moral a lo largo de esos cambios; b) las condiciones concretas de la realización de la moral, particularmente las impuestas por la vida económica y social, y c) la estructura lógica del juicio moral y los criterios de su validez. El libro dista mucho, por tanto, de ser unilateral.

En cuanto a la objeción de “partidista”...

Es curiosa esta objeción a la que están acostumbrados los marxistas. Por faccioso o partidista no se entiende, en realidad, el hecho de que el autor tome una posición propia ante problemas fundamentales, sino el hecho de que esta posición sea precisamente la marxista. La prueba es que nadie hace esta objeción con respecto a las éticas tomistas, neokantianas, hartmannianas, etcétera.

El autor no niega el punto de vista o posición que asume. Por otro lado, la alternativa a las éticas (marxistas o no) no puede ser una supuesta ética neutra, aséptica que ofrezca como panacea teórica o pedagógica no tener posición alguna. Ciertamente, la peor posición filosófica es *pretender* (subrayo *pretender*, pues la realidad es otra) no tener posición alguna, aunque esto se revista con el manto de la “imparcialidad” u “objetividad” situada por encima de toda ideología. En el terreno teórico, tal falta de posición encubre siempre una vergonzante toma de posición. Por otro lado, lo que más se acerca a esto (el eclecticismo) significa —como lo prueba claramente la historia de la filosofía— la peor posición filosófica, la más pobre y superficial y, por ello, la posición característica de los periodos más indigentes en creación filosófica. En el terreno pedagógico, la sustitución de una franca posición filosófica por otra vergonzante, o por una mezcla de varias (especie de coctel filosófico) introduce la confusión en la mente del alumno y rebaja —cuando no anula— su capacidad crítica y problemática.

Pero ¿cómo conjugar la toma de posición que, ciertamente, no tiene nada de “partidista”, con la necesidad de que el alumno o el lector no se sitúe pasiva o acriticamente ante el texto?

De varias maneras: dando a conocer otras posiciones diversas o diametralmente opuestas y confrontando la que se asume con ellas; también recomendado lecturas de otros textos o libros, como solemos hacer en el curso. En cuanto a nuestro libro, el lector tiene ocasión de conocer las posiciones éticas fundamentales: objetivismo y subjetivismo en el problema de los valores; liberalismo y determinismo, así como las doctrinas de Kant, Spinoza y Hegel en el problema de la responsabilidad moral; eudomonismo, formalismo y utilitarismo en el problema de la naturaleza de lo bueno; doctrinas de Sartre, Kant, Hobbes, Schlick y Stuart Mill en los problemas de la obligatoriedad moral; teorías de Hume, Ayer, Stevenson y Moore en el problema del significado moral. Se complementa todo esto con un panorama histórico de las principales corrientes éticas y una variada bibliografía general y especial que recoge las posiciones éticas más diversas.

¿Cómo ve usted el problema de la asunción y defensa de una posición filosófica determinada en nuestra Universidad y el principio de la libertad de cátedra, básico en ella?

Considero que la una no se concibe sin la otra. Por ello, no se puede reprochar a nadie el que adopte una posición filosófica determinada, cosa que en definitiva hace —y no puede dejar de hacer— todo el mundo.

¿Significa esto que el principio de la libertad de cátedra es absoluto y no tiene límites?

Frente a todo intento fascista de restricción o de eliminación brutal de una posición determinada —como el que vemos hoy desgraciadamente en Chile— la defensa de este principio debe ser absoluta. Pero esto no significa que la libertad de cátedra permita todo. Los límites en el terreno de la ciencia son evidentes. En filosofía no pueden

ser del mismo tipo. Sin embargo, debe tomarse en cuenta el modo de asumir, exponer y defender una posición determinada. A nuestro juicio, no puede hacerse dogmáticamente. Nada puede sustraerse a la crítica, a la argumentación racional o a la fundamentación objetiva, o a la discusión o confrontación libres. En suma, el principio de la libertad de cátedra es incompatible con todo dogmatismo.